



La emotividad del mercado

The Emotions of the Market

Richard Cleminson
(Leeds University
r.m.Cleminson@leeds.ac.uk

traducido por Richard Cleminson y Javier de Rivera

Recibido: 08-03-2012
Aprobado: 10-04-2012

PALABRAS CLAVE

Emociones, mercado, empatía.

KEYWORDS

Emotions, market, empathy.

Recientemente, Martha C. Nussbaum sugirió en su libro *Not for Profit: Why Democracy Needs the Humanities* que es preciso profundizar en la psicología individual para entender cómo podemos ser más empáticos con otros seres humanos. Desde sus orígenes en las postrimerías del siglo XIX, pasando por la ‘psicología industrial’ de 1920 y 1930 en Estados Unidos, cuyo objetivo era mejorar la eficiencia del lugar de trabajo y de los trabajadores, hasta el desarrollo de una técnica supuestamente más democrática y al alcance de todo el mundo, dedicada a buscar y establecer el ‘equilibrio’ en nuestras vidas, la psicología se ha centrado recientemente en la noción de ‘empatía’ como clave para lograr este equilibrio personal. Así, la empatía parece ser una de las novedades políticas y sociales más exitosas que nos asaltan en el periodo actual, a pesar de la multiplicidad de causas justas y de necesidades que nos asedian desde lo más básico – la hambruna, la falta de abrigo y la seguridad personal – hasta la pobreza emocional y material.

Como ha ilustrado Carolyn Pedwell, el ‘giro empático’ ha ganado influencia a lo largo de los últimos treinta años, en los que ha contado con una larga lista de defensores y críticos que han analizado este momento desde varios horizontes ideológicos, incluyendo a Jeremy Rifkin, a Simon Baron-Cohen y a Sara Ahmed. *La civilización empática* de Rifkin resulta acogedora y atractiva, pero mensajes como el suyo sólo tienen que ser atenuados por trabajos como el de Ahmed sobre la política cultural de las emociones. ¿Cómo es posible una política real o praxis de la empatía, si tenemos en cuenta las grandes divisiones de clase, ‘raza’, cultura, sexo, género y sexualidad? Pedwell, por su parte, considera el actual giro hacia la empatía como un intento destacable de ser más comprensivos con la situación del otro, si bien destaca claramente cómo la empatía también puede ser fabricada artificialmente de manera similar a como Chomsky ha argumentado en el caso del consentimiento, y cómo se puede tropezar con el obstáculo de su propia movilización y cooptación por parte de agendas políticas neo-liberales. Si la empatía es ‘marketizada’ como algo deseable, como un rasgo que se ha de buscar en lo profundo de todos nosotros, quizá haya poca necesidad de fuertes programas de ayuda exterior, de erradicación de enfermedades, o de las causas que obstaculizan el tratamiento médico de personas con SIDA o la ayuda a la gente cuya tierra ha sido tomada por paramilitares respaldados por el estado. La empatía puede convertirse en una droga consuelo para aquellos en Occidente con tiempo y re-

cursos, así como en una receta para la inacción ante los problemas importantes de la época. El aura de novedad y de aparente salubridad que evoca se ve, a su vez, aumentada por el aliento constante y sofisticado de los medios de comunicación para ‘participar’ y ‘conectar’ a través de las tecnologías que tenemos a mano, aparentemente disponibles para todos, pero que son en realidad sólo pueden usar unos pocos. ¿Hasta qué punto el ejercicio de la empatía se enreda en el fortalecimiento de las políticas transnacionales y las modalidades económicas neoliberales, en vez de constituir enfrentarlas? Además, mientras se nos anima a ser empático, ¿hasta qué punto el aumento de la empatía, centrada por lo general en el individuo, se produce en proporción inversa a la disminución de la solidaridad colectiva?

Hasta la fecha, los investigadores se han centrado en las dinámicas, el valor y las limitaciones de la empatía entre seres humanos, pero no han discutido la reciente exhortación a ser empáticos, no sólo con seres humanos desfavorecidos que sufren daño, dolor, carencias y muerte, sino también con entidades no humanas. La empatía y su compañía, la emoción, son reclamadas para mejorar nuestros sentimientos hacia instituciones y entidades impersonales que están dañadas y sufren como el mercado. En los periódicos, la televisión y los discursos políticos somos asaltados con la ‘depresión’ que experimenta el mercado, con lo ‘bajo’ y lo ‘decaído’ que está el mercado, con el temor del mercado a ciertas pérdidas, con cómo ha sido impulsado, y con el grado de confianza que siente y cómo acomete cautos pasos hacia su recuperación.

La principal función de estos esfuerzos “emocionales” es, literalmente, convencernos de que, como declaró el primer ministro británico David Cameron, ‘[t]odo esto nos toca por igual’; es decir, todos compartimos la responsabilidad por el desastre económico y social del mundo y todos debemos añadir ‘nuestro granito de arena’ para volver a darle un empujón al timón a la nave del capital para que se dirija inexorablemente fuera de su actual y temporal puerto hacia un nuevo horizonte de abundancia y plenitud. Esta motivación hacia la empatía con las pérdidas del mercado y sus días malos tiene el efecto de instarnos a participar de nuevo en el sistema, de hacernos sentir que el mercado es parte de nosotros mismos y de esta manera sentir sintonía y empatía cuando él, ella o ello sufre. La emotividad que nos empuja a desear que se ponga fin a la enfermedad y el desequilibrio nos ha convertido en seres humanos cuya solidaridad colectiva se ha transformado en un sentimiento de empatía individualizado hacia nuestros prójimos más desafortunados y hacia megamáquinas impersonales tales como el mercado. En lugar de resolver los problemas profundos de un injusto sistema político, económico y ambiental, nuestras preo-

cupaciones – nuestros sentimientos – se elevan a un emotivo y transnacional juego de palabras con una cobertura de sensibilidad y solidaridad que cambia pocas cosas y contribuye a perpetuar el status quo. En su lugar, como parte de una ética relacional de lucha, autores como Paul Roulledge han argumentado que es necesario volver a forjar la solidaridad mutua con ‘los otros resistentes’ de una manera material, simbólica y colectiva, descolonizándonos a nosotros mismos al tiempo que evitamos adoptar el rol de expertos como parte de un posicionamiento que evoque una mayor conciencia del contexto y de los medios a nuestra disposición para acometer el cambio.

Bibliografía

AHMED, Sara, *The Cultural Politics of Emotion*, Edinburgh, Edinburgh University Press, 2004

NUSSBAUM, Martha C., *Not for Profit: Why Democracy Needs the Humanities*, Princeton, N.J./Oxford, Princeton University Press, 2010

PEDWELL, Carolyn, 'Economies of Empathy: Obama, Neoliberalism and Social Justice', *Environment and Planning D: Society and Space*, 30(2), 2012, pp. 280-297

PEDWELL, Carolyn, 'Affective (Self)-Transformations: Empathy, Neoliberalism and International Development', *Feminist Theory*, 13(2) in press (August 2012).

RIFKIN, Jeremy, *The Empathetic Civilization: The race to global consciousness in a world in crisis*, Cambridge, Polity, 2009

ROUTLEDGE, Paul, 'Toward a relational ethics of struggle: embodiment, affinity, and affect', in Randall Amster, Abraham DeLeon, Luis A. Fernandez, Anthony J. Nocella, II and Deric Shannon (eds.), *Contemporary Anarchist Studies: an introductory anthology of anarchy in the academy*, London/New York, Routledge, 2009, pp. 82-92

STEPHEN Shukaitis, 'Nobody knows what an insurgent body can do: questions for affective resistance', in Jamie Heckert & Richard Cleminson (eds.), *Anarchism and Sexuality: Ethics, Relationships and Power*, Abingdon, Routledge, 2011, pp. 45-66

